

*Cuentos para sobrevivir al Bicentenario.* (2011) Ana Rosa Suárez Argüello, Arturo Salvador Sigüenza Varela (coordinadores) México: Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, Linterna teatro A. C.

Guadalupe Gómez-Aguado

CEPE-UNAM

El año pasado fuimos testigos de la publicación de una enorme cantidad de obras conmemorativas por el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución: libros académicos, revistas —*20/10 Memoria de las revoluciones en México; Relatos e historias de México; Bicentenario*, por mencionar algunas—, novelas históricas y, hasta películas infantiles de dibujos animados. Algunos que se dicen historiadores, pero que escriben ficción se volvieron *best sellers*, lo que ya quisiéramos muchos, y la historia estuvo en boca de todos. Entre esas propuestas está la obra que se reseña. Yo confieso que tenía serias reservas sobre el caso, dado que el estudioso de la historia se vuelve muy crítico de los relatos que se dicen históricos y que acaban cayendo en anacronismos e inverosimilitud.

Sin embargo, *Cuentos para sobrevivir el Bicentenario* ha sido una gratísima sorpresa. En el prefacio de la obra se afirma que “si pudiéramos sobrevivir sin imaginación y movernos en el mundo como si nos la hubieran privado, sin duda no seríamos seres humanos”. Y la literatura es, por excelencia, el territorio de la imaginación. Sin embargo, la historia también se nutre de lo imaginado y sin duda un historiador sin imaginación se puede llegar a convertir en un simple reproductor de datos sin sentido y sin emoción. De ahí el valor de este volumen, que reflexiona sobre la Independencia y la Revolución mexicana de una manera distinta a lo que se hizo el año pasado, el de los aniversarios —bicentenario de la Independencia, centenario de la Revolución— que vio correr ríos de tinta, pero poca reflexión y escasas propuestas. Ahora bien, desde que leí el título me pregunté el por qué de la invitación a sobrevivir al Bicentenario. Voy a hacer una pequeña síntesis de los cuentos y al final compartiré mi reflexión al respecto.

De *Historias en blanco* podemos decir que su autor, Luis Ausías Fernández, describe muy bien la dificultad a la que nos enfrentamos los historiadores cuando tenemos una hoja en blanco sobre la cual escribir nuestras interpretaciones históricas. Y de la todavía mayor dificultad de presentar visiones distintas de un pasado que se quiere estático, sin cambios, sin variaciones. Sin embargo, tal como lo dice el prefacio ya antes mencionado, la historia no lo es sin imaginación,

y lo que la hace apasionante es, precisamente, la posibilidad que tenemos los historiadores de encontrar un dato novedoso, un documento inédito, un relato nunca antes consultado, que puede dar nueva luz sobre un hecho que supuestamente duerme en la inamovilidad del pasado. Escribir una historia diferente, he ahí un reto sobre el que reflexionar.

En *El grito que atravesó los tiempos* Irma Rodríguez Orozco revive el tormento de una mujer, prisionera de los realistas, acusada injustamente de participar en la insurgencia. El relato mezcla el pasado y el presente y nos hace pensar en un juego entre lo que fue y lo que será. Es un escenario aparentemente onírico, pero al mismo tiempo real, que recrea lo que pudo sufrir una mujer en ese momento de confusión e incertidumbre.

Gloria María Fulladosa Morales escribe, en *El ruiseñor de cerámica*, un relato sobre una familia que está aprendiendo a sobrevivir después de la Revolución, sobre uno de sus integrantes que es diputado federal y participa en el movimiento antirreeleccionista al lado del general Antonio Serrano; sobre la traición de Álvaro Obregón y el asesinato de Serrano y sus hombres en Huitzilac. Lo original es que el ruiseñor de cerámica es un personaje central del cuento, ya que sabe lo que va a ocurrir, quiere alertar a Otilio, el joven poeta y diputado, y es a través de sus ojos que se recrea el episodio histórico. Es un cuento que nos lleva a reflexionar sobre el gran beneficio que sería para los historiadores tener monumentos que hablaran de lo que han presenciado.

*Yo sí bailé con Don Porfirio* de Dora Yolanda Pintos, es un recorrido por el siglo xx en voz de una mujer nacida a fines del siglo xix. Desde su baile con don Porfirio, los sufrimientos de la Revolución y los principales acontecimientos del siglo, se describe de forma lineal la trayectoria de una mujer que se niega a que la llamen feminista, pero que participa en las principales luchas de las mujeres en esa centuria. Es un ejemplo de síntesis histórica vista por los ojos femeninos.

El cuento de Arturo Sigüenza *La banda de los insurgentes*, es muy original e ingenioso: una descripción del monumento a la Independencia narrada por la mismísima Victoria alada, no ángel, como aclara la narradora. De una manera coloquial, la estatua va describiendo a cada uno de los personajes cuyas efigies adornan el monumento, lo que es no sólo una breve descripción de su actuación en el movimiento insurgente, sino una recreación de lo que dirían hoy en día esos personajes si vieran lo que ha sucedido en esa zona de la ciudad de México, escenario de festejos futbolísticos, venta ambulante, publicidad indiscriminada y congestionamientos viales. Un ejercicio de imaginación verdaderamente fascinante.

*¡Canta conmigo Mlliano!* de Leonides Afendulis García es un cuento en el que habla supuestamente Marciano Silva Peralta, escritor de corridos y compañero de lucha de Emiliano Zapata. Sus reflexiones en torno a la lucha zapatista en el

momento de su muerte llevan al lector a pensar lo que fue pelear en el ejército del sur, y la sensación de no haber conseguido lo que se buscaba y de ver, al final de la vida, que la lucha ha sido infructuosa.

“Fotografiar es robarse un momento en el tiempo... obtener un pedazo del alma”. Eso dice Hugo Rioja en su cuento *Negro infinito*. Una reflexión sobre la fotografía, una excusa para no hablar. Porque las imágenes dicen más que mil palabras ¿o no? El relato de un fotógrafo atormentado, que busca en las imágenes de la muerte una explicación de la vida, me hace pensar en cuánto de la historia habita en cada uno de nosotros, en cuánto de lo que somos es historia. Las fotos de los que han muerto, pero que siguen vivos en nuestra reconstrucción del pasado. ¿Somos hoy o fuimos ayer? Muchos motivos de reflexión para quienes tratamos de hacer historia.

Ana Suárez escribe en *Malos aires* una historia de rivalidades entre un padre y su hijo —desde la relación con la madre-esposa hasta una relación de pareja—, nos relata el desamparo femenino en tiempos de la Revolución mexicana y retrata la sociedad de su tiempo. Una forma de revivir el pasado, lejos de los grandes personajes, vidas comunes inmersas en otro tiempo que nos explica las luchas cotidianas en el marco de la gran historia política.

La inauguración del manicomio de La Castañeda en las postrimerías del porfiriato es otro hecho que Arturo Sigüenza utiliza en *Estreno de residencia* para hacer una reflexión en torno a la situación del país: al borde de la locura revolucionaria sin que nadie pareciera percatarse en ese momento.

Jimena Alcalá relata en *Princes 15-dorado* las impresiones de una jovencita, empleada de una zapatería, que decide cambiar sus viejos zapatos por un modelo de zapatillas doradas que una cliente ha pedido y que ella roba de la tienda para cambiarlas por sus feos zapatones. La revolución está presente solo como una referencia momentánea: el jardín Zapata por el que pasa la protagonista, la tarima para el festejo por el centenario de la Independencia, Villa y Zapata como testigos del robo de los zapatos, porque hay una placa en la esquina de la zapatería en donde se recuerda su encuentro. La historia omnipresente y la pregunta: ¿La lucha revolucionaria sirvió de algo? La pobreza y la marginación como una demanda de que las cosas no cambiaron como se hubiera querido.

En *La región perdida*, Gloria Fulladosa Morales recrea un concierto coral en Lecumberri —la prisión porfiriana— como escenario para hacer una reflexión sobre la pérdida de libertad, la falta de horizontes y al final, la muerte como única salida.

*Un pulque por la paz*, de Juan M. Bueno, no es un relato propiamente histórico, sino un ejercicio de imaginación sobre lo que puede suceder en el futuro. México como un Estado fallido, la conmemoración del centenario de la Constitución de 1917 en 2017, la idea de que las graves dificultades por las que atraviesa hoy

el país no solo no mejoran, sino que se agravan. Todo ello relatado en forma epistolar. Y queda la pregunta: ¿hacia allá vamos?

Humberto Matalí Hernández narra en *La muerte en los ojos* la conmovedora historia de dos campesinos de la zona de Morelos que se van a unir a Zapata. La miseria, la ignorancia, las desigualdades, la visión desencantada de dos hombres que han vivido injusticias y tristezas sin nombre, todo ello nos habla de ese México que no queremos ver. Los dos hombres llegan a la firma del Plan de Ayala, ¿pero realmente consiguen lo que buscaban?

Finalmente, Julio Fernández Meza desarrolla en *Cancelogía del tiempo* dos relatos: la historia del periodista porfiriano Benavides Salsipuedes que es un entusiasta promotor de la inauguración de la Universidad Nacional y, cien años después, la del maestro de literatura Franco Tirador. Como es evidente, el cuento es un dechado de ironía que sirve para pensar en el significado de la inauguración de la Universidad y en lo conseguido un siglo después. Los apáticos jóvenes, que no aprovechan la enseñanza del profesor, nos hacen pensar que es un esfuerzo que no ha valido la pena.

Lo mencionado sobre las obras que componen el volumen presentado, como queda de manifiesto, es sólo una pequeña síntesis con la idea de invitar a la lectura de este original libro. Cada uno de los cuentos está muy bien escrito, los autores utilizan distintas estructuras narrativas, son muy amenos y se leen con una gran facilidad. Además, todos tienen diversa formación: hay varios literatos, un periodista, un analista en sistemas, una profesora de primaria, una historiadora, en fin, una gran variedad en la formación profesional de cada autor. En cuanto a la temática de los cuentos, el tema de la Revolución se trata más que el de la Independencia, lo contrario de lo que sucedió el año pasado. Y eso me lleva a preguntar en dónde estamos los historiadores. Es evidente que no necesariamente tenemos que hacer literatura, pero me parece una excelente forma de llegar al gran público, que de otra manera no conoce lo que hacemos.

Debo decir que la relación entre historia y literatura es una inquietud personal. Mi tesis de licenciatura fue una propuesta de la utilización de las novelas como fuente para la historia. Y me pregunto qué dirían los historiadores del futuro si eligieran este volumen de cuentos para explicar la época actual y su forma de ver el pasado. Una vez leído este volumen, queda claro el sentido de su título: es posible que, mediante la lectura de estos cuentos, y el ejercicio de imaginación que fomentan, la sobrevivencia de las conmemoraciones pasadas sea más amable.